KOTSIKIA

Maximiliano Retamozo

- Es la ultima vez que vendo a credito, lo digo con Cristo como testigo. No son capaces siquiera de presentar excusas. Tiene una que venir a buscarlos a su propia casa. Habrase visto cosa semejante!

De esta suerte rezongaba Ioanna Bateliou, dueña de la panaderia "Serifos", mientras caminaba por las -para ella- estrechas calzadas en direccion a la pension en que vivia Ofelia Machari junto con su hija Elise.

- Se creen que a una la harina se la regalan, y que una esta para hacer caridad. Ah, que calor! - continuaba diciendose a si misma bajo el ardiente sol de mayo que los aleros de los porticos apenas alcanzaban a bloquear. A esa hora se ensañaba el astro con las polvorientas calles de Kotsikia, con el viento que solia venir del Egeo totalmente ausente. No se movia una hoja de los naranjales, ni tampoco nadie que no tuviera asuntos urgentes que atender se atrevia a salir de su casa. La señora Bateliou solo se cruzo en el camino con chiquillos que perseguian alimañas. uno de ellos portando una caja con lo que decia era una araña amaestrada, y unos albañiles de regreso a sus hogares para el almuerzo.

La señora Bateliou, con las manos aun humedas despues de quitarse los restos de harina de los dedos hacia unos instantes, espantaba unas moscas que no veia pero cuyo zumbido podia percibir, pegado a su oreja. O acaso era el de su propio cerebro, el de una mente bulliciosa y un espiritu que no conocia la paz salvo al estar profundamente dormida.

- Teniendo yo que dejar de hacer mis cosas para venir a cobrar... lo que nunca deberia haber ofrecido. Las consecuencias de ser una buena persona, por Dios santo. Que terrible! Y con este dia... pero aunque sea lo ultimo que haga... ya van a ver!

Alcanzo a encontrar la direccion deseada, una casa de dos pisos con un amplio patio interior, y con una puerta de entrada que por arriba y abajo tenia unos centimetros de separacion con respecto al marco. Y estaba cerrada con una cadena y candado que la señora Bateliou agito con disgusto como si fuera una serpiente enredada en su mano.

- Abre! - grito con voz profunda y energica sin saber a quien se dirigia. - Abre esta puerta o la echo abajo!

Se apoyo en la puerta, de madera bastante maltratada por los años,y que no se habia vuelto a repintar, y oyo un carraspeo debil y el ruido de alpargatas arrastrandose por el suelo.

Una mano huesuda giro hacia dentro la cadena para tomar el candado. En el costado de la puerta entreabierta aparecio el cetrino y ajado rostro de una anciana. Era la dueña de la casa, Desdemona Kaparolou.

- Que desea? - inquirio la anciana levantando la mirada hacia el rostro colorado de la señora Bateliou, que le obstruia el sol.

- Machari - dijo esta con sequedad - que venga, ahora mismo.

La anciana se quedo inmovil un instante, como si no comprendiera la pregunta. Ioanna Bateliou hizo un gesto imperativo con las manos, urgiendola. Entonces Desdemona Kaparolou asintio sin mucho animo y se encamino hacia el interior de la vivienda, una casa relativamente amplia, parte de la cual alquilaba a otras familias.

- Anciana inutil. Seguramente por lo mismo se aprovechan de ella tambien. Ah, pero lo que es yo, no me dejo! - profirio la panadera. En su agitacion interior se demoro un instante en darse cuenta de que la dueña de casa no habia vuelto a cerrar el candado, pero una vez que sus ojos vieron la cadena suelta, empujo la puerta y se metio en la propiedad.

Entre el olor de la ropa mojada y de lo que penso que serian orines de gato, comenzo a sentir nauseas. Se detuvo en un fregadero de plastico que estaba adosado a un poste, y mientras se lavaba la cara, escucho los murmullos provenientes del piso de arriba. La voz de Ofelia Machari le hizo levantar el rostro, goteando aun el agua de la llave y de sus cabellos.

- Ahi esta la rata - dijo en voz alta y se dirigio a la escalera. La anciana dueña de casa venia bajando pero tuvo que retroceder.

- Y usted la esta ocultando. Que pareja! Tal para cual, las sinvergûenzas - protesto señalando con el dedo a la señora Kaparolou que asustada y musitando quien sabe que se interno en otro cuarto, dejandole el camino libre. Ofelia Machari estaba de pie con el rostro contra la pared, deseando tener el poder de hacerse invisible.

- Bueno - dijo con acritud - a usted se le olvido donde vivo o se le olvido lo que me debe?

- Eh... no... es que...

- Que cosa? Los diez kilos de harina no me salieron gratis a mi. No tengo porque regalarselos a usted. A credito! Si hubiera sabido que despues del primer pago se iba a esfumar...

- Disculpe, señora Bateliou. El caso es que, como usted sabe, no tengo mas ingreso que mi pension... y no ha llegado el pago... no se que pasa...

- Si, si, la pension - dijo rascandose la cabeza. No olvidaba que el marido, Stefanos Macharis, era empleado de Obras Sanitarias del estado y que habia muerto seis meses antes cuando el bus que le llevaba a el y algunos contratistas choco contra un camion de carga y se desbarranco cayendo a la playa 30 metros mas abajo. Ninguno de los cinco ocupantes sobrevivio, y el conductor del camion fue inhabilitado de por vida para conducir. No se la llevo peor porque habia ayudado a recuperar los cuerpos.

Ioanna Bateliou sabia que debia demostrar algo de empatia; una cierta parte de su cerebro se lo estaba dictando, pero a la vez sus visceras le recordaban que no era su lugar el de alma caritativa, siendo que para personas como la viuda Machari habia salvaguardas preestablecidas.

- Y no tiene usted una hija en edad de trabajar? - pregunto entonces sabiendo ya la respuesta.

La señora Machari abrio los ojos como dos platos. No esperaba que involucrara a su querida niña en la conversacion.

- El-Elisa, si... pero ella, pobrecilla, es tan despistada, tan debilucha... y para el estudio tampoco salio muy buena... lo unico que se puede esperar es encontrarle un esposo y...

No termino la frase porque la enorme panadera acerco su carnoso rostro al de la mujer cuya blusa parecia colgar de una percha mas que de dos hombros. Se veia como una version apenas mas joven de la dueña de casa. Y tampoco habia sido muy talentosa para nada mas que las labores domesticas y de costura. Criada en el campo por padres displicentes y semianalfabetos, poco se podia esperar de ella tambien.

- Yo... yo trabajo en el horno desde que tenia seis años... a esa edad mi santo padre me enseño a no temer al fuego.

Elevo su mano con el dorso puesto frente a la cara de su interlocutora y abriendo el espacio entre el pulgar y el indice dejo ver una enorme llaga, es decir, la mas reciente asentada sobre las cicatrices de otras anteriores. La señora Machari se llevo la suya a su propia boca sin poder reprimir el asco que aquella serie de repetidas laceraciones le causaba. Heridas que su portadora llevaba con orgullo.

La Elisa de la que hablaban llego a la pension mientras Ioanna Bateliou amedrentaba a su madre. Al ver que su progenitora no estaba sola, en lugar de acudir a protegerla decidio ocultarse. Tal vez ni siquiera lo penso, y lo hizo por inercia. Lo cierto es que se metio en el estrecho pasadizo entre la construccion propiamente dicha y una pared que servia de divisoria con la casa de la familia Zoropidis. La señora Zoropidi, que junto con su marido regentaban un negocio de venta por consignacion de marmol y granito de las canteras a los constructores, no permitian que sus hijos se relacionaran con los "mocosos" de la pension, pero no podian imponer la misma restriccion a sus gatos, que en numero de tres o cuatro segun iban muriendo unos e iban adoptando otros, iban de techo en techo cortejando a sus congeneres de las casas vecinas. Uno de estos, un delgado felino de pelaje con manchas oscuras sobre un fondo blanco, llamado Claude, a la usanza francesa, se acerco con curiosidad a Elisa, quien le hacia gestos y zarandeaba el pie intentando en vano ahuyentarlo.

Claude finalmente se alejò al ver a un pajaro posarse en un tendedero, aleteando de manera algo extravagante, con las puntas de las alas describiendo circulos a su lado.

- Piense usted en lo que va a hacer, porque no se lo va a llevar gratis - trono nuevamente la voz de la panadera. - De alguna manera me las va a pagar. De mi no se burla nadie, y menos... - En este punto se detuvo para dejar escapar un sonido entre eructo y acceso de tos, bastante oportuno, pues sus proximas palabras hubieran sido una ofensa excesiva que le hubiese impedido invocar los santos nombres, penitencia que se imponia cuando comprendia que su caracter irascible le habia traicionado.

Descendio marcando los pasos en la escalera, acaso con el fin de atemorizar a los chiquillos y a quien intuia que se encontraba tambien presente. Por un instante giro la cabeza de izquierda a derecha y luego nuevamente hacia la izquierda, pero Elisa habiase resguardado en un punto en el que si apenas podia mirar hacia el exterior, menos podia ser vista.

Al salir la señora Bateliou, la atribulada viuda se interno en la habitacion que compartia con su hija, un cuarto modestamente amoblado de seis por ocho metros cuadrados, con una cocina a gas, una mesa de pino con un mantel celeste que apenas alcanzaba a disimular la pintura descascarada, dos camas pequeñas y un armario. Otros enseres estaban guardados en cajas plasticas transparentes. Antes de fallecer su esposo ocupaban un espacio de dos habitaciones y tenìan el baño para ellos solos; la escasez producto de la perdida de su marido y el sustento que el proveia les obligaron a mudarse, dentro de la misma pension, a una habitacion unica y mas estrecha. La señora Machari habia vendido el televisor a un vecino el mes anterior, y se habia quedado solo con el aparato de radio con casetera. De todos modos, no tenia mucho interes en nada de lo que se ofreciera en la programacion televisiva. En las noches se dormia al son de valses y de la "sevda" que transmitia un programa especializado en musica de la ex Yugoslavia. Y en la mañana los noticieros, con voces que parecian hablarle a la vez de forma seria y confidente, mitigaban su

soledad y su sentido cada vez mas agudo de impotencia y de pequeñez relativa. Al compadecerse de la desgracia ajena, creia hacerse parte de algo y no del todo excluida del quehacer humano.

Elisa salio de su escondite y subiendo silenciosamente la escalera, se interno tambien en su hogar.

- Donde has estado?

Esperaba esta pregunta y durante todo el camino habia ensayado una respuesta, pero en el momento de expresarla, no le salio nada. Lo mismo le ocurria durante las disertaciones orales en la escuela. Por eso habia sacado siempre malas calificaciones.

Su madre, que estaba de pie frente a un retrato de ella junto a su difunto esposo en el matrimonio de una de las hermanas de este, repitio la pregunta.

- En- en el rio.

- Haciendo que? Pescando? Has traido algo siquiera? - . La señora Machari hacia esta pregunta de una manera capciosa, sabiendo que obviamente no era a pescar ni a lavar sus ropas a lo que su hija se habia acercado a las aguas que corrian a unos centenares de metros del pueblo, detras de una frondosa arboleda. Sin embargo, no dejo de notar que Elisa mantenia la mano dentro del bolsillo trasero de su pantalon, constantemente palpando un objeto que no deseaba que fuese a desaparecer de pronto.

- Ese es el pescado? - inquirio nuevamente sin abandonar el tono ironico. Los ojos de Elisa no daban señal de emocion alguna. Su madre extendio la mano, sin que ella se moviese siquiera para alcanzarla o rechazarla.

El objeto al que con pueril insistencia se aferraba Elisa cayo al suelo con un leve tintineo; la señora Machari tambien se echo al piso como si aquel aro metalico tuviera una insospechada fuerza de atraccion sobre ella.

- Un brazalete! Y de plata! - exclamo pronunciando la primera frase en voz alta y la otra casi en silencio, tomando subita conciencia del peligro en que esas palabras le pondrian de ser oidas por algun vecino. Elisa se restregaba las manos, acaso intentando limpiarse de las impurezas que aun se veian sobre la desgastada superficie del adorno.

- Ay, hija! Divina providencia, que nos ha traido esta salvacion! - susurro su madre con el brazalete en la palma de la mano abierta. Se quedo un instante en silencio, observandolo. Estaba bastante maltratado, y en el borde superior, vale decir, del que lo mostraba al cielo su portadora, se veian algunas muescas y una magulladura que un joyero habria tomado como un signo de perdida de valor.

- Esto lo sacaste del rio... del mismo lecho? - pregunto la señora Machari. mirando a los pies de Elisa, que estaban algo humedos, pero no las sandalias, que se habia quitado. Su madre no sabia que Elisa se habia desprendido del resto de sus ropas. Habiendo encontrado un sitio retirado y protegido por unos arbustos, el sumergirse desnuda en el torrente se habia convertido en una costumbre.

- Estaba junto a unas piedras en la orilla - mintio Elisa, que en una de sus zambullidas lo habia visto en el fondo, brillando contra el oscuro y barroso fondo, de forma a la vez tentadora y amenazante. Le costo mas de lo debido el recuperarlo del lecho, por causa de una agitacion de las aguas que la empujaba hacia arriba cuando lo que queria era descender. Y al tomarlo por primera vez en su mano recibio una especie de descarga de electricidad. El brazalete parecia invocar todas las fuerzas en auxilio suyo para evitar ser

retirado de su lugar de descanso.

Durante todo el trayecto de vuelta su intencion era arrojarlo en algun pastizal o en otra casa, pero sabiendo una parte de su ser que una joya de ese valor podia ser de gran auxilio para la desesperada situacion economica de su familia, se convencio a si misma de que debia llevarselo a su madre. Otra voz en su interior le decia que poniendola en manos ajenas podria entonces librarse de la amargura que le aquejaba en aquel momento, una emocion insalubre venida quien sabe de donde. Habria contraido un resfriado al meterse en aquellas aguas? Era esto un castigo por el saqueo o como fuera que se llamase el acto que habia cometido?

La señora Machari, por su parte, examinando cuidadosamente cada centimetro del preciado objeto que (gracias a la intervencion divina? a la astucia de su hija?) habia llegado a sus manos, pensaba en el lugar y la persona apropiados para venderlo. Creia recordar que el esposo de una prima suya era comerciante de antiguedades en Atenas. Pero eran solo muebles o tambien venderia plateria? Era Rogodis su apellido? Ella se llamaba Mariliza, eso lo recordaba bien. Deberia buscar entre sus papeles. Si no tenia la direccion o numero de esta prima, alguien con seguridad podria conseguirselo. Pero... le preguntarian para que lo querria? Pensarian que intentaba vender sus enseres o su anillo de matrimonio, de acero enchapado en oro? No deseaba que ellos conocieran su situacion, pues antes que compadecerse y ayudarla comenzarian a criticarla como de ordinario lo hacian en otros tiempos, antes de su matrimonio. La joven que alguna vez fue se les ofrecia como blanco para sus ponzoñosos comentarios; a sus ojos nada hacia ni le salia bien. Por eso corto toda relacion con ellos y fue mas que feliz mudandose a Eubea, al terruño de su nuevo marido. Y ahora que el habia desaparecido, lo menos que queria la viuda era regresar a donde seria considerada un estorbo y sometida a nuevas vejaciones. Antes preferia morir de hambre pero en un lugar al que habia llegado a amar tanto como a su difunto esposo, junto a quien algun dia descansaria.

Tampoco se aventuraria a buscar el "consejo" de un posible estafador, como segun su poca ciencia pero buen conocimiento de las personas, los joyeros y anticuarios suelen ser, al menos en parte u ocasionalmente. Ademas de la curiosidad que generaria el hecho de que una mujer de modesta condicion fuera poseedora de un objeto de tal valor...

Estos pensamientos comenzaban a arder en su cabeza, y al ver la mirada perdida y temerosa de su hija intuyo que las dos compartian este sentimiento. Habian hecho mal en traer a su humilde hogar este elemento que parecia traer consigo tantas contrariedades como supuestos beneficios? Acaso lo mejor fuera desprenderse de el lo mas pronto posible. Pero malvenderlo seria tambien desaprovechar la oportunidad literalmente puesta por el destino en sus manos.

- Vamos a comer - dijo. La pequeña olla con el estofado esperaba en el calentador adosado a una garrafa de gas. La señora Machari se las arreglaba para conseguir viveres recibiendo pago en especies en lugar de dinero por sus labores de costura. Esto limitaba las opciones gastronomicas pero las raciones eran mayores de lo que habria podido conseguir con el escaso capital que los remiendos y aplicaciones realizados generaban. La maquina de coser manual, de origen turco y por lo menos 30 años de antiguedad, no podria encarar operaciones mas complejas, ni tampoco hubiera quien necesitara mas. En aquel poblado, el que pudiera costear algo de mejor categoria se lo hacia traer de Atenas y desechaba la ropa vieja. Los mas humildes hacian durar la propia hasta donde pudiera, y estos poco podian desembolsar, que no les fuera preferible utilizar para cubrir otras necesidades.

Mirandose en la superficie rojiza del platillo, aderezado con el jugo de un tomate en un litro de agua, solucion en la que nadaban trozos de papa y cebolla y algunas arvejas, la señora Machari contemplaba sus arrugas, y pensaba en cuanto tiempo duraria ella misma en estas circunstancias producidas por el deceso de su esposo. Podia hacerse cargo de su hija ya crecida durante un tiempo mas o seria mas apropiado

comenzar a empujarla fuera del nido?

Merced a la intervencion de la panadera, aquel parecia ser el mejor dia para encarar este tema. Era algo que venia dando vueltas en su cabeza hacia tiempo, pero nunca se habia presentado una mejor oportunidad para reafirmar su autoridad materna.

- Creo, hija, que deberias solicitar empleo a la señora Bateliou - dijo sin mirarle, resignada a recibir la expresion de protesta que iba a proferir Elisa.

- Ah, mama! Esa mujer? Porque con ella?

- Porque - respondio a su vez luego de una profunda exhalacion - en primer lugar, le debemos dinero que no le podemos pagar, y si nos acusa de estafadoras o algo con los otros comerciantes ellos tampoco querran fiarnos, y ademas es la unica persona capaz de emplearte en este momento. Ella tiene su propio negocio, no dependiendo de su marido, y tan ocupada como parece estar, no le vendra mal una asistente.

La cara de Elisa se contrajo en una mueca de profundo disgusto. Pero su madre penso que mas valia continuar con el asunto y dejar en claro que era una directiva de cumplimiento obligado mas que una sugerencia. Sostuvo la mirada mientras Elisa murmuraba con rabia.

- Y que tengo que hacer? - dijo entonces la joven.

- Que vas a hacer? Lo que ella te mande, pues eso.

- Y vas a dejar que me mande a hacer cualquier cosa?

- No sera nada del otro mundo. Y si ademas de la panaderia te encuentra util para otras tareas, pues sera mejor, no? A lo mejor hasta te toma como empleada del hogar y te quedas a dormir alla.

Elisa hizo un gesto de dolor, cerrando los ojos.

- Si hubiera sabido que me esperaba este destino, mejor me hubiera...

Iba a decir la palabra "ahogado" pero en ese instante un plato se quebro de manera espontanea, con un ligero estallido sonoro. Ademas, con los ojos entrecerrados, Elisa creyo ver una sombra que se deslizo hacia un extremo de la estancia, desapareciendo en la esquina.

- Eso es! - exclamo. - Mama, el brazalete...

- Que pasa, Elisa? Estas trastornada.

- E- el brazalete, en-en el rio...

Y parecio perder la capacidad de hablar. Su madre lo tomo del lugar donde lo habia dejado (justo encima del plato roto!) y lo puso en las manos de su hija. Esta comenzo a buscar con los dedos las hendiduras y muescas, hechas por lo que parecia con el roce de una piedra. La madre no entendia porque sonreia con tanta placidez. Puso la señora Machari su mano sobre el rostro de su hija. Estaba frio como el marmol aunque sus mejillas estaban tostadas por el sol.

- Creo que es mejor que descanses. Recuestate en tu cama - le dijo a la joven que lucia exhausta, pero aun sobrecogida por una profunda emocion.

- Ahora entiendo... - murmuraba, y su madre penso que en algun momento dijo "entiendes", como si se

hablara a si misma. Noto una especie de oscuridad que se cernia sobre ellas y penso que ya seria una hora avanzada de la tarde. En realidad no eran mas de las cuatro, y el sol primaveral estaba aun alto.

Cuando Elisa se quedo profundamente dormida, recien entonces pudo quitarle el brazalete de la mano, con la que lo tenia fuertemente asido.

- Que haremos con esto? - se pregunto. Arrojarlo en algun lugar despoblado? Seria una pena, dado su aparente gran valor, y si sus sospechas eran ciertas, si efectivamente Elisa habia profanado el descanso acuatico de aquel objeto que su poseedor o poseedora habia intentado destruir quien sabe por que razon, estarian descargando aquella maldicion sobre alguien mas, otro inocente, otra persona incauta.

Por otra parte, si alguien viera la joya en la casa, pensaria que estas mujeres tendrian otras similares, y quien sabe que harian para encontrarlas. Mejor fuera que se robaran aquel objeto, pero los ladrones una vez que ven un botin de este tipo, rara vez quedan conformes solo con ello, siendo la codicia parte de la personalidad formada por su experiencia en el mundo delictivo.

La señora Machari lo dejo en una caja en la que habia guardado unos viejos zapatos suyos (que siempre se prometio hacer arreglar, debido al valor emocional que tenian, siendo usados en ocasiones especiales durante sus años de matrimonio). Acto seguido, instalo una silla en la puerta y se sento a mirar hacia fuera, a los gatos en el tejado y a los niños y sus padres en el patio.

De pronto sintio deseos de fumar, cosa que no se le habia pasado por la cabeza en años.

Xaris miraba en todas direcciones mientras Elisa abria la puerta de la pension. Era mas de medianoche, y siendo dia miercoles, la calle estaba naturalmente desierta. Pero el alcohol en su cabeza le provocaba una especie de delirio de persecucion. Ademas, lo que estaba haciendo era incorrecto, para empezar. Aunque el mismo lo habia planeado y propuesto a su compañera de trabajo.

- Mi madre esta en Psaroupoli y se quedara alli hasta el fin de semana. Y la dueña de la pension... sorda, como un perro viejo.

No sabia porque intentaba reafirmar la voluntad del muchacho en vez de disuadirlo de la idea de profanar el hogar de una mujer viuda y su hija soltera. No sabia Elisa si decir que aun era una doncella o no... su madre jamas le habia hablado de ello y la vez que se besaron con aquel despachador de bebidas, que con tanta insistencia pasaba una y otra vez por la puerta de la pension... aquello contaba o no? Mas, por la salvacion de su alma, no se lo habia comentado a la señora Machari, que ya bastantes problemas tenia con que lidiar. Ni se lo diria a Xaris... Este o se lo echaria en cara o se reiria de su ignorancia. Algo conocia ya el talante del genero masculino.

Ella lo beso con torpe suavidad en la mejilla. Ambos habian bebido una botella de licor artesanal, con sabor a menta, que Xaris, segun dijo, habia recibido como regalo de unos amigos. En realidad estos lo habian provisto de aquel destilado para facilitar su acceso a las bondades del caracter y el cuerpo de la muchacha, en los que se habia fijado el dia que la vio llegar, casi arrastrada por la dueña de la panaderia, quien enseguida la puso enfrente de una pila de trastos y trapos humedos y sucios.

Xaris Tzaneras no odiaba a su patrona; de hecho la admiraba. Y esta le retribuia aquella servil disposicion exonerandolo de los trabajos mas degradantes, que dejaba a los o las empleadas mas noveles. Con Elisa

eligio jugar la carta de la conmiseracion, y desde el comienzo, dia tras dia, aprovechaba la ausencia de la jefa para deslizar expresiones de fastido y de compasion por la muchacha. Utilizando epitetos como "explotadora" o "enemiga de su sexo", a mas del que parecia ser su favorito, "trepadora", dado que segun aseguraba el, era el matrimonio con un hombre de solida posicion economica el que le habia reportado aquellos beneficios, a saber, la propiedad y el dominio absoluto sobre el establecimiento. Su marido apenas pasaba por alli, ocupado en su consultorio privado en el que atendia a personas con enfermedades oseas y musculares. Ella y su hija Foteini pasaban practicamente todo el dia alli. La muchacha Basiliou se ocupaba de la caja y el inventario.

Xaris de la reparacion de la maquinaria y de la desratizacion, siendo esta actividad para el tan disfrutable como la caceria. A Elisa y a otra empleada algo pasada de los treinta años llamada Husra, de origen tracio y religion musulmana, se les destino a la limpieza y el acarreo de trastos y sacos de harina, paquetes de levadura y de materia dulce. Los panaderos y pasteleros, a lo suyo propio.

Elisa jamas habia visto a Xaris, a pesar de que residian en el mismo pueblo. Y el aprovecho esta ventaja, con la mente determinada en obtener aquello que el hombre siempre desea de una mujer. Las otras muchachas del establecimiento no intentaron protegerla, y la dejaron a su propia suerte; que ella misma conociera al reparador de maquinaria como ellas lamentablemente lo conocian. Como un bebedor, pendenciero y pedante, indigno siquiera de su saludo. Elisa se creyo obligada a devolver la simpatia que el habia demostrado hacia ella. Y todo ello habia conducido exactamente hacia este momento. Xaris habia dudado de que ocurriria, pero los eventos ocurrieron de forma favorable para el. Y para la diversion de las muchachas, aliadas en secreto, que veian caer a otra tonta en las manos de aquel energumeno. Como hechos el uno para la otra.

A Elisa le dio un ataque de tos mientras subian las escaleras. Xaris le puso la mano en la boca y ella fingio mordersela. Se besaron con ternura infantil mientras ella abria la puerta. Entraron con prisa, aferrados el uno al otro.

Xaris vivia en un lugar parecido, pero algo mas confortable, puesto que sus gastos se destinaban solo a su propia manutencion. Y a algunas actividades que conllevaban el riesgo de perdida expedita y en considerables sumas de dinero. Una "aficion" que mientras se esmerara en su empleo, podia costear.

- En tu cama o en la de tu madre? - le pregunto el hablandole al oido. Ella se rio un poco mas fuerte de lo debido.

- Pero que te has imaginado? Si solo te he invitado a tomar un cafe - repuso Elisa, aunque su intencion era la misma que la del muchacho. Lo unico que le habia dicho alguna vez su madre acerca de la intimidad con el genero opuesto, ahora que en medio de su ebriedad lo recordaba, era que debia evitarla por completo. E incluso dar señales de simpatia que pudieran ser malinterpretadas. Porque pensaba en ello ahora? Porque no antes?

- Vamos a ver si hay... - dijo poniendose en cuclillas para mirar debajo de la mesilla de la cocina. En el tabique intermedio guardaba su madre algunas latas y frascos.

Xaris, relamiendose ante la vision de aquel cuerpo enfundado en un conjunto de blusa y falda corta, extendio sus manos para tocar con sus diez dedos la espalda de la anfitriona, invitandola a proseguir lo que habian comenzado antes aun de entrar a la casa. Mas esta al sentir el contacto se puso de pie empujando sin querer al muchacho hacia atras. Este al intentar aferrarse a algo derribo una caja de madera en la que su madre guardaba elementos de costura. El iman y los pequeños cojines de esparto en los que enterraba los alfileres volaron por el aire, junto a otro elemento cuyo brillo confundieron al principio con una luz

proveniente de afuera.

- Ten cuidado, tontuelo! - le recrimino Elisa. A Xaris este empellon no le habia hecho ninguna gracia, y cuando ella se acerco para ayudarlo a levantarse, el muchacho la rechazo con un gesto desdeñoso y un gruñido. No pudo decir nada porque le sobrevinieron las nauseas, por lo que se quedo echado de bruces en el suelo. Fue entonces cuando lo vio, debajo del sofa. El resplandor titilante del brazalete parecia llamarlo.

A Elisa tambien se le revolvio el estomago cuando vio lo que su malogrado amante levanto del suelo. Pensaba que su madre intentaria deshacerse de aquello mientras estuviera fuera. Por lo menos una vez lo habia mencionado; estaba segura de ello. Tanto como podia estar de algo en aquel estado de ebriedad.

- Es tuyo? - pregunto Xaris. - Y lo tenias guardado asi como cualquier cosa? Es hermoso... aunque se ve que no esta muy bien cuidado...

Elisa solo deseaba que cerrara la boca. Pero no iba a besarlo otra vez. La llama se habia apagado.

Al pasar el dedo por el interior del solido anillo metalico, Xaris fue presa de una especie de trance o alucinacion, en la que vio lo que haria si fuera dueño de una riqueza como aquella. Era aficionado a las carreras de caballos; lo que el llamaba "un pasatiempo", "injustamente caido en desuso". Y si en lugar de ser mero espectador, poseyera uno? Una idea absurda, y probablemente irrealizable al menos con el dinero que proporcionaria la venta de una joya en malas condiciones. Pero eso seria un comienzo. A Elisa probablemente no le importaria, puesto que no estaba ni en condiciones de lucir aquel objeto, ni parecia generarle mucho interes, a juzgar por la expresion de sus ojos. Pero a el si le serviria. Debia llevarsela. Ahora mismo.

Como un sonambulo empezo a caminar hacia la puerta, primero sigilosamente y luego con paso mas decidido. Elisa sabia con exactitud lo que sucedia pero... debia detenerlo? Acaso no era mejor que el se llevara aquel maldito, si, bien dicho, maldito objeto y desapareciera con el? Pero... como se lo explicaria a su madre, la forma en la que el brazalete habia pasado a las manos de su compañero de trabajo y ademas amante? Lo era en realidad, pensandolo bien, dado que no se habia concretado nada?

Y no volveria luego Xaris a ella para intentar seducirla con regalos comprados con el dinero obtenido? Cuanta razon tenian las otras muchachas para despreciarlo! Que estupida habia sido!

Pero Xaris no volvería. Su cuerpo aparecería dos días después en la parte trasera de una camioneta, desarmada e incendiada esta hacía meses y abandonada en un costado del camino al sur. Por lo que se pudo deducir, recibió una paliza mortal de parte de mas de una persona, presumiblemente acreedores o matones enviados por estos. Las marcas en su mano y la posición de esta indicaban que había intentado aferrarse al brazalete hasta el último instante, y que solo pudieron quitárselo al cuerpo sin vida.

La noticia no entristeció demasiado a nadie. La desaparición de Xaris y del brazalete supuso un alivio para Elisa, para su madre, para la señora Bateliou y las otras chicas de la panaderia... y para el gángster encargado de ejecutar la sentencia impuesta sobre el muchacho. Este sujeto nacido en Tracia, al que todos conocían como "El Sudanés", sin que nadie se atreviera a preguntar acerca del origen del apodo, extraño por lo inusual y porque el hombre en cuestión no tenía una pizca de sangre africana, había informado a su empleador de turno que la tarea había sido finalizada satisfactoriamente... pero, de común acuerdo con sus compañeros, quienes le temían demasiado para oponerse a sus designios, había guardado silencio acerca del hallazgo en poder del malogrado Xaris de aquella pieza de metal a la que en principio no atribuyó

ningún valor y de la que desposeyó a Xaris movido por la rabia que le generaba la tenacidad con la que este se aferraba al brazalete. Incluso se podría decir que fue la razón por la que "terminó" su trabajo con tanta voluntad. Prefería aquel apostador caído en desgracia resistir todos los golpes que se le profirieron con tal de proteger aquel objeto que aferraba contra su pecho, mientras pies, manos y objetos contundentes embestìan contra su espalda y hombros?

Sentado en su cama, en la habitación de un hostal, en el que él y sus compañeros residían bajo la guisa de trabajadores de la construcción, observaba el brazalete y se preguntaba acerca de su potencial valor. Era este solo sentimental para el muchacho, dadas las magulladuras y su evidente antigùedad, o había algo en ese material que lo hacía ser mas preciado en términos monetarios de lo que aparentaba a primera vista?

Esperaba, a través de un adolescente reclutado a tal efecto, la confirmación de la cita con el corredor de apuestas que lo había contratado, para que éste realizara la segunda y última parte del pago. El Sudanés era bastante jucioso en términos de gastos, sin caer en la ostentación ni el descuido, enviando dinero a su familia, que lo aceptaba con cierta reticencia, a traves de terceras personas de confianza. Al mismo tiempo que honraba sus compromisos, imponía a los demás la misma línea de conducta, por uno u otro medio. Acerca de la vida al margen de la ley, lo que le atraía era la posibilidad de ganar una importante suma de dinero en poco tiempo y con relativamente poco esfuerzo. Realizando, sí, tareas que a otro e incluso a él mismo podían resultarle desagradables. Pero que de no llevarlas a cabo él, se las asignarían a otro.

– Maldita... - gruñó encogiéndose. - Maldita seas.

A quien se refería era a una de sus tripas, que se resentía por la falta de un elemento que su cuerpo era incapaz de producir por sí solo. El Sudanés había comenzado a padecer ese dolor alrededor de los veinte años, y la primera vez le produjo un desmayo, estando en aquella ocasión a punto de apropiarse, con sus secuaces, de un camiòn con quesos y embutidos estacionado en una vereda. No pudo contener un grito antes de caer al suelo, inconsciente. Sus compañeros lo abandonaron, y pasó toda la tarde tendido en el lodo hasta que un perro callejero, mordisqueando sus talones, lo hizo volver en sí.

Buscó una farmacia y amedrentando al droguero pudo obtener un paliativo. Luego con mas tiempo, dado que había sido desechado por los miembros de la banda, que le tildaron de mentiroso y cobarde, logró dar con un médico al que también hubo que presionar para hacerse atender. Éste le reveló que su condición, de ser crónica, requeriría de un tratamiento a base de inyecciones en la zona problemática. No sería algo preventivo; debería medicarse cuando empezara a sentir molestias, no antes. El joven delincuente que aún no era conocido con el sobrenombre que llevaba ahora ensayó en una ocasión la inyección estando en buen estado de salud, y el resultado fue una vergonzosa diarrea. Aprendió la lección en ese instante y no volvió a pensar en utilizar las ampollas y jeringa que llevaba en una especie de cartuchera, hasta que se presentara el subsiguiente episodio.

– Maldita... - murmuraba, y se sentía demasiado débil para montar la jeringa con el líquido. En ocasiones el dolor era así de fuerte y su mente se nublaba. La mano en la que llevaba el brazalete se apoyó en su barriga, y creyendo que esto ocurría debido a una pérdida de sensitividad, experimentó un cierto alivio, suficiente para abrirse la camisa y poner el frío metal en contacto con su piel.

– Gracias... - dijo sin saber a quién. En ese instante oyó el sonido de un guijarro golpeando contra la ventana. Extendió su mano para indicar, poniéndola a la vista, que se encontraba despierto. Luego, apoyándose en un brazo, buscó el líquido salvador entre sus pertenencias. Dejó el brazalete sobre la cama y el dolor comenzó a hacerse sentir algo mas intensamente pero sin tanta brusquedad. Debía

darse prisa.

Detrás de la puerta había una correa larga y delgada, que podría haber pertenecido a las riendas de un caballo o haber servido para sujetar la carga como lo había visto hacer en algunos vehículos. Se le ocurrió atar uno de los extremos al brazalete, y rodeándose el torso con el improvisado cinturón, hacer presión hasta que quedara bien aferrado a su cuerpo, cortando con una navaja el trozo restante. Si llevaba la camisa un poco holgada no se notaría tanto, y, aunque así fuera, quién iba a decirle algo?

El mozuelo lo estaba esperando abajo. Iba a indicarle el camino desde una cierta distancia, para que nadie notara que el Sudanés lo seguía y hacia dónde iba. En un punto dado, desde su bicicleta señaló con el dedo hacia un punto en el horizonte, donde se hallaba un árbol chamuscado por un rayo que alguna vez le cayó encima. Entonces se alejó tomando el camino que serpenteaba delante de él, entre los pastizales.

Detrás del otrora frondoso árbol, del tronco grisáceo y cubierto por talladuras de viajeros y amantes, se divisaba la silueta de un hombre bajo y delgado. Era Stanos Madokidis, un anciano con la cabeza desprovista de cabello que manejaba el negocio de las apuestas deportivas en aquella parte del país, en la isla y la vecina costa. Había aprendido el arte de un primo que se mudó a Australia y le envió a uno de sus amigos, metido en problemas con la ley, de polizón en un barco mercante, para que se ayudaran mutuamente los dos. Este sujeto había terminado casándose con la hija de Stanos, y le había dado dos nietos varones antes de morir apuñalado en una riña callejera. Sus nietos eran de mas o menos la misma edad que Xaris. Por lo mismo, el viejo Stanos, que desde que había quedado viudo se aburría en su casa, quiso utilizar aquella ocasión para dar ejemplo a sus nietos acerca de las consecuencias de la irresponsabilidad.

- Hermosa mañana – dijo el viejo al ver llegar al Sudanés, al que conocía de nombre pero nunca había visto. Se preguntaba por la misma razón si habría algo de africano o de salvaje en la apariencia o el andar del "contratista". Se desengañó pronto, sin que esto disminuyera su curiosidad.

- Lo fue – replicó el matón, según la señal convenida. Stanos le ofreció una naranja, que el Sudanés rechazó. - El dinero.

- Si, si, a eso vinimos pero... relájate, muchacho, disfruta un poco del sol.

El Sudanés también había oído hablar acerca del estilo de vida "zen" de Madokidis, quien trabó conocimiento alguna vez con unos guías espirituales hindúes, a quienes recibió en su casa y con los que siguió teniendo correspondencia después. Estos brahmanes le regalaron una cinta color azafrán con un mantra, que llevaba aún en la muñeca. Lo recitaba al amanecer, después de comer y antes de acostarse, lo que no ocurría después de las diez de la noche. Y no recibía a nadie después de la cena, que a mas tardar debìa ser a las ocho y media.

Esperar a que un anciano terminara de comer no era nada atractivo. Al menos se limpiaba la boca con un pañuelo; otros no lo hacían. Con la edad la conciencia de la impresión que uno causa en los demás tiende a desaparecer.

- Bien, bien – dijo Madokidis buscando en su bolsillo. - Esa aura negativa alrededor tuyo terminará por echarme a perder el día.

El Sudanés se asustó al ver una luz brillante que apareció entre la hierba. Un trozo de vidrio reflejaba la luz del sol apuntandola hacia él.

– No pensaste que vendría solo, verdad? - dijo el anciano con aire descuidado mientras le entregaba un fajo de billetes.

El Sudanés no respondió. Ya estaba cerrando el trato y solo le importaba salir de aquel poblado lo antes posible. Se iría a alguna ciudad no tan grande, quizás Patra o Volos, para hacerse atender por un buen doctor, no un charlatán, sin levantar rumores sobre su estado de salud, del que sus actuales compañeros no sabían todo. Era un punto vulnerable. El dia que quisieran podrían privarle de medicinas o adulterarlas para envenenarlo. No es que fueran a ganar mucho con eso, pero en ese ambiente, la forma de ascender es usando los cadáveres de otros como peldaños. Significaría una buena referencia, el haber trabajado junto a él y haberle reemplazado luego como cabecilla de la banda. La traición, era un concepto con peso relativo, según a quién se aplicara.

– Qué es eso? - preguntó el anciano al ver el anillo moverse debajo de la ropa. La correa habìa comenzado a perder tensión y ya no estaba tan ceñida como antes.

– Qué cosa? No hay nada – respondiò el Sudanés echandose hacia atrás, mientras guardaba el dinero.

– Es un arma? Llevas una pistola debajo de la camisa?

– Le digo que no llevo nada!

– Te dije, sin armas... Porqué la escondes ahí?

Los dos se trabaron en un agarron mutuo de brazos. El sujeto que se escondía entre la maleza corrió hacia ellos desde unos cien pasos de distancia con una pistola en la mano.

– Suéltelo! - le gritò al Sudanés. Èste seguìa enfrascado en aquella feroz danza con el viejo, que se había tropezado y pataleaba intentando ponerse de pie pero no soltaba las extremidades de su oponente.

– Déjelo o disparo! - gritó el vigilante, un hombre de unos treinta años de edad, de piernas cortas y brazos velludos, con el cabello oscuro salpicado de briznas de paja. Sus ojos brillaban con fiereza, pero no se atrevía a cumplir con su amenaza, por temor a herir accidentalmente a su jefe. No entendía, sin embargo, la actitud repentinamente violenta del discípulo de los Ayurvedistas. Si hubiese querido emboscar al sicario para ahorrarse el pago, podría haberlo acordado con él. La instrucción era simple, "ser invisible a menos que fuera necesario", pero ni siquiera había considerado todas las opciones, confiado en que la transacción se realizaría sin problemas. Para él como acompañante era poco más que un paseo. Y ahora su patrón estaba arriesgando su vida frente a un criminal treinta años menor, y frente a un arma que podía salvarle o condenarlo, dependiendo de donde se ubicara.

  - Muevete a un lado, viejo inútil

Se sorprendió al oír estas palabras salir de su boca. El también era arrastrado a aquella espiral de violencia inusitada, inespèrada. Todo el asunto se había complicado, por qué causa?

La correa se había soltado y el brazalete se deslizó cayendo al suelo con un débil tintineo. Madokidis podía ver que no se trataba, en fin, de un arma, pero para ser oculto debajo de las ropas con ese cuidado, pensó en un instante de tregua entre ambos luchadores, debía ser bastante valioso. Y no se lo habría quitado al muchacho Xaris en el momento de ejecutar su sentencia contra él? Estaba en lo cierto, mas no lo sabía.

Se abalanzaron los dos sobre el preciado brazalete, y el Sudanés consiguió no solo apoderarse de la correa, sino rodear con ella el cuello del anciano. No iba a apretar demasiado fuerte, no aún, pero aquello constituía una demostración de fuerza dirigida al tirador semioculto en la hierba.

El Sudanés obligó al anciano corredor de apuestas a incorporarse, y usandolo como escudo humano le gritó al secuaz de Madokidis:

- Dispara y lo matarás a él!
- No es necesario hacer esto. Podemos arreglarlo! - respondió el otro
- Muy tarde! No tienen nada que ofrecer ya.

Movìa el cuerpo suyo arrastrando al del anciano que pataleaba y se arañaba el cuello. El Sudanés intentaba confundir al tirador con una danza impredecible.

- Suelte al viejo y le perdonaré la vida.
- No le creo! - replicó el fornido joven, cuyo dolor abdominal retornaba ahora. Quizás no lo había notado por causa de la adrenalina, pero volvía a sentirlo perforando sus entrañas. Las piernas le flaqueaban pero salvo el árbol, no había lugar donde apoyarse. Y colocarse de espaldas contra el tronco significaba quedar a merced del tirador. Jalando de la correa con ambos puños, se agachó para tomar un respiro, oculta la cabeza tras el torso del anciano. El brazalete estaba aferrado a su mano, permitiéndole manipular el trozo de cuero como una brida y a Madokidis como un caballo.
- Escuche! - le dijo al tirador. - Voy a darle el dinero a usted. De verdad se lo doy. Pero déjeme en paz.
- El anillo! Quiero el anillo! - dijo el otro, acaso a instancias de su jefe quien sacudiendo el brazo señalaba al brazalete.
- No es posible. Solo puedo darle el dinero. Si no hay un trato, morirá el que tenga que morir.

El tirador se dio cuenta, en esos segundos de tensa calma, de que él tenía la ventaja. A menos que tuviera una pistola en un lugar oculto del cuerpo, el Sudanés no constituía una amenaza para él. Si lograba salvar a su jefe, éste debería mostrarse agradecido. Y si no, si el viejo sucumbía a la asfixia, qué perdìa, mas que su empleo? Vería dañada su reputación? Siempre podría cambiar el relato de los hechos de manera que su incidencia o responsabilidad se diluyeran. Y también, podría haber personas a las que la desaparición de Madokidis les resultara una buena noticia, un accidente feliz.

- Muestreme el dinero! - dijo. La mirada de Madokidis se posó sobre él, suplicante. El le devolvió la suya con una expresión de disculpa que parecía decir "estoy haciendo lo que puedo".
- Voy a meter la mano al bolsillo – avisó el Sudanés. - No dispare! No estoy armado.
- So-solo saque el dinero! N-no haga nada estúpido! - replicó el tirador tartamudeando sin querer, justo cuando quería reafirmar su autoridad utilizando la célebre frase de las películas de mafiosos.

El Sudanés deslizó la mano suavemente hacia abajo, sintiendo en un instante como la de Madokidis se le aferraba al brazo, y con mas fuerza la levantó en el aire.

- Aquí está! Voy a lanzárselo a la cuenta de tres. - Se detuvo a un lado del tronco, sin soltar al anciano. Mientras había estado oculto tras él, había desatado el brazalete de la correa, y tenía los

dos en su puño. Pensaba servirse de aquel milagroso objeto para mitigar el dolor mientras corría.

– Yo voy a contar – dijo el tirador. Uno... dos... t-res!!!

Con un rápido movimiento el Sudanés lanzó en dirección suya, con una mano el fajo de billetes, y con la otra el cuerpo de Madokidis, de manera que éste bloqueara la vista del tirador facilitándole la huida por entre los pastizales.

Apenas comenzó a correr, sintió un disparo. Se echò a tierra.

– Infeliz -gruñó entre dientes. Se palpó el pecho. No estaba herido. Esperó unos instantes en los que apretó con fuerza el brazalete contra su estómago. No oyó ningún sonido, salvo el del aleteo y canto de los pájaros.

Al ponerse de pie, tampoco vio a nadie. Corrió un trecho a través de la hierba que decrecía en altura mientras que el terreno se elevaba. Al volver la mirada hacia el lugar en el que el intercambio había tenido lugar, vio un cuerpo tendido en el suelo. Era Madokidis, atravesado por una bala. El tirador habìa huìdo.